



TORRE DEL ABRA
Brown 623

Departamentos y oficinas totalmente financiados

www.torredelabra.com



Emprendimiento,
construcción y venta:



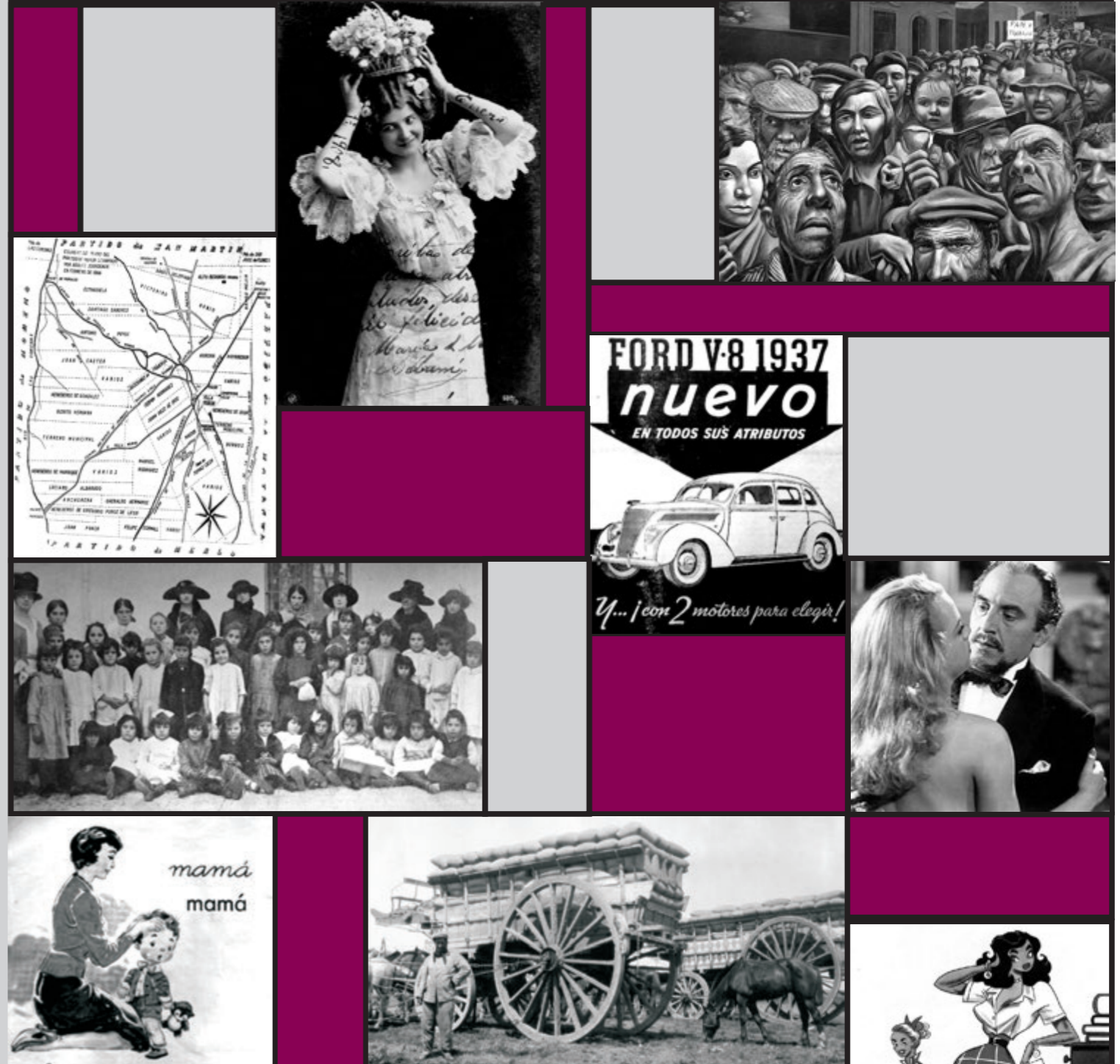
Oficina de ventas: Av. Rivadavia 18457 (B1708EIL) Morón - Provincia de Buenos Aires
Tel.: (011) 4483-0096 - www.torresmoron.com - info@torresmoron.com

Nº 43
AÑO XXI
JUNIO 2014
REVISTA DE HISTORIA BONAERENSE

ISSN 0329 871X

REVISTA DE HISTORIA BONAERENSE

INSTITUTO Y ARCHIVO HISTÓRICO MUNICIPAL DE MORÓN - JUNIO 2014 - AÑO XXI - No. 43



M

La Imagen: testimonio del pasado

MUNICIPIO DE MORÓN



LAS MIL CARAS DE LOMBROSO EN ARGENTINA

Fotografía, “estigmas” físicos y condena social desde los libros de historias clínicas de la colonia nacional de alienados de Open Door, 1901-1930

Dedier Marquiegui



Colonia Nacional de Alienados. Internos caminando entre los pabellones

Hombre de complexión robusta, su macizo rostro no alcanzaba a disimular las manifestaciones de una asimetría craneal, no tan visible, pero que los registros que lo describen sin dudas señalan. La tez blanca, la mirada fija en el lente pero no de manera amenazante; el pelo ralo, como primer signo de su paso por la Colonia de Alienados. Los extremos de su boca, con

bigotes, se prolongaban hacia abajo, en un rictus de amargura no disimulada. Su figura contrasta con la de aquel otro, como él, inmigrante, bajo y enjuto, de cara alargada, sus orejas puntiagudas enmarcan un rostro en que destaca una nariz prominente, flanqueada por ojos con signos de estrabismo. Dos retratos diferentes, de personas diferentes, pero que

comparten, además de su condición de extranjeros, el involuntario privilegio de ser parte de la vasta galería de representaciones fotográficas a través de las cuales el asilo, y los profesionales médicos que lo integran, dan a conocer las imágenes de una clase de “locura” reconocible en ellas, que exhibieron desde los Libros de Historias Clínicas de internos, mas no sólo desde ellos, como una forma de legitimar su ejercicio profesional hacia adentro y hacia afuera de la entidad donde se producen. Al mismo tiempo que otras series de fotografías, no individuales sino colectivas, dan a conocer otras dimensiones de esa misma realidad, reflejando los alcances de la empresa o las virtudes terapéuticas de su método. Es nuestra intención, en las líneas que siguen, tratar de decodificar los significados múltiples implícitos en esas diferentes imágenes, estableciendo las correlaciones que las vinculan con los problemas de época y las inspiraciones intelectuales que están detrás de ellas, en la medida que todas son contenedoras de un horizonte de sentido a través del cual se revelan intencionalidades no siempre reconocibles a primera vista.

Cesare Lombroso: entre locos y delincuentes

Por una de esas paradojas de la historia, a fines del siglo XIX, en el momento culmen del proceso de democratización de la imagen, cuando al oneroso daguerrotipo —una copia única sobre soporte metálico encriptado en cristal y por lo tanto solo accesible a las clases pudientes—¹ sucedió el sistema de impresión papel negativo-positivo, que suponía el inicio de las reproducciones en serie, con el mismo trabajo pero a menor costo, y al tiempo que estas condiciones permitían el despliegue de una producción y una esfera de consumos fotográficos ampliada, esas mismas bases materiales sirvieron para otros usos, como los vinculados al ejercicio de prácticas de control social por el Estado.²

En realidad, debería recordarse, esta situación no era nueva pues, desde fines del siglo XVIII, frenología, craneología y fisiognomía buscaban en diferentes partes del cuerpo, y particularmente en la cabeza, los signos externos de rasgos psíquicos y morales que delataran la presencia de

delincuentes. Aunque será recién pasada la mitad de la centuria siguiente cuando, con Cesare Lombroso, la criminología alcance el estatus de ciencia. Por entonces el médico italiano, influido por las ideas darwinianas, propuso una técnica de reconocimiento basada en el hallazgo de repetidas características morfológicas craneales o faciales que le permitieron encontrar lo que él llamó “el problema de la naturaleza del criminal”. Su teoría, que se le reveló en 1870 “como un destello de inspiración” al observar el cráneo de un criminal muerto, tenía la ventaja de desligarse de la complejidad de las aproximaciones clásicas, que consideraban el delito como una definición jurídica, abstracta, desconectada de quien lo protagonizaba afirmando el libre albedrío de unas personas, por lo tanto punibles si transgredían las leyes. Mientras que para el positivismo criminológico lombrosiano se trataba de un hecho real, empírico, observable, que se encarnaba en la figura del “delincuente nato”. Un ser atávico, primitivo, condicionados por factores hereditarios. No hay delitos si no delincuentes. Y eso los pone bajo la lupa de quien los vigila pues, en su concepto, “la conducta del hombre se halla sometida a la ley de la causalidad —como los demás fenómenos naturales— y determinada por un complejo de procesos físicos y sociales”. Esos procesos, se encuentran grabados en precisos rasgos fisonómicos pasibles de ser inventariados, pero asimismo divisibles en una variedad de subtipos criminales definidos por estigmas físicos. Por eso, los elementos componentes de ese retrato —el del “delincuente nato”— se desgranaban en una serie de reconocibles características, propias de un hombre atávico, una regresión a estadios primitivos de la humanidad; un “salto atrás hereditario”, que puede descubrirse en una frente baja y huidiza, o muy expandida, un gran desarrollo de los arcos superciliares y de los pómulos, las orejas en asa, tubérculo de gran pilosidad y otras asimetrías craneales. Pero además a esos estigmas físicos, somáticos, agregó otros de naturaleza social y moral, funcionales, como su analgesia (insensibilidad al dolor), agudeza visual, agilidad, insensibilidad afectiva, falta de remordimiento, cinismo, impulsivi-

dad, crueldad, ociosidad y reincidencia. A partir de él, se podría agregar, derivó otras subespecies como el "delincuente moral", verdadero idiota incapaz de comprender o interiorizar normas de convivencia, corpulento, analgésico, alcohólico, precoz y desviado sexual, con marcada incapacidad para la vida en familia y perversión afectiva. Al igual que el "delincuente nato", el moral suele serlo desde la infancia o pubertad, encontrándose antecedentes criminales entre sus familiares. Entre otros arquetipos que distingue -el delincuente pasional, el epiléptico- de particular interés para nosotros es el "loco delincuente", que subdivide en el alcohólico, el histérico y el mattoide. Diferenciaba Lombroso el delincuente loco (que ha cometido un delito con plena responsabilidad y enloquece luego) del loco delincuente (enfermos mentales que delinquen sin tener la capacidad de entender ni la voluntad de hacerlo). Para estos prescribe su traslado a manicomios desaconsejando su presencia en las cárceles.

En definitiva, un esquema sencillo,³ absolutamente caído en descrédito en la actualidad y científicamente insostenible, determinista, práctico, empírico pero que por eso mismo tenía la ventaja de su inmediata aplicabilidad facilitando, a fines del siglo XIX e inicios del XX, la identificación visual de locos y delincuentes. Claro que, al aporte fundamental del positivismo criminológico italiano -que es C. Lombroso pero también Enrico Ferri y Raffaele Garófalo- se sumaron después, para la consolidación de la criminología como disciplina científica, los aportes de la Escuela francesa, en particular de Alphonse Bertillon, quien en la década del 1880 culminó el proceso de ajuste de los marcos jurídicos, médicos y antropológicos que permitieran organizar un registro normalizado de individuos ingresado a la práctica policial, utilizando a la fotografía como herramienta. Por su parte, Allan Sekula interpretó el archivo como artefacto central del sistema de "inteligencia" burocrático, estadístico y administrativo, tal como fuera empleado por la policía de fines del siglo XIX, del cual la fotografía fue solo una parte, acompañada por cuadros y descripciones.⁴ Completando después A. Bertillon dotó a la identificación policial de un

carácter científico, operando no sólo con la antropometría sino por medio de la estandarización de la práctica fotográfica, uniformada en tomas de frente y de perfil, que debían reemplazar las fallas del sistema hasta entonces utilizado.⁵

En la Argentina desde 1880 el Departamento General de Policía contó con un taller fotográfico que posibilitó la publicación de las primeras *Galerías de Ladrones*.⁶ Posteriormente, en 1889 comenzó a funcionar la Oficina de Identificación Antropo-métrica de la Policía de la Capital, que implementó el sistema de mediciones y fotografías de A. Bertillon. A esa transposición de influencias, que se nutre en distintas escuelas, se sumó el aporte original de los expertos locales como José Ingenieros, que aconsejaba agregar a la observación biológica la de los rasgos psiquiátricos y psicológicos de los penados- pero sin discutir la criticada primacía de C. Lombroso, que dotaba a esas iniciativas de legitimidad científica. Y eso fue creando un campo de intersección entre el tratamiento de el delito, la pobreza y la locura, de asociación entre higienismo, psicología, psiquiatría, medicina legal y alienista. Como se comprueba en el hecho de que todos los directores del servicio penitenciario de alto rango, como el mismo Ingenieros, eran médicos psiquiatras y antes de pasar a ocupar cargos en el sistema penal -otra analogía con Lombroso- los habían desempeñado en diversos manicomios. Sin ir más lejos, su decisión de crear el Instituto de Criminología dentro de la Penitenciaría Nacional, está teñida por las huellas de este encuentro. Las mismas pueden reconocerse en los "Boletines Médicos-Psicológicos" que, desde 1907, constituyen un corpus de historias criminológicas, realizadas por los profesionales médicos de los penales, en colaboración con los reclusos, y estaban destinadas a generar información analítica lo mismo que para fundamentar decisiones judiciales y/o penales sobre la vida futura de los prisioneros. Y en donde, sin descartar los factores biológicos, se agregaban cada vez más páginas para indagar la conducta de los penados, su vida familiar, sus relaciones, su forma de conducirse para con el trabajo. Las limitaciones del giro psicoana-

lítico, sin embargo, han sido apuntadas ya por Mariano Plotkin, cuando señala la escasa penetración de Freud en las Facultades de la Universidad de Buenos Aires, particularmente en medicina, donde es posible encontrar por oposición un marcado sesgo fisiológico y clínico junto con un interés incipiente por la psicología experimental.⁷

Conviene aclarar sin embargo, que ninguna de esas teorías, y de esa necesidad por corporizar el delito, hubiese tenido el eco que tuvo de no corresponderse con muchas de las necesidades del naciente estado argentino. Un estado desbordado por las consecuencias no queridas de procesos que él mismo había promovido, como la inmigración, con sus secuelas de crecimiento de la población y urbanización. El descontrolado crecimiento de las ciudades, en especial Buenos Aires, hacía palpables escenas que hubieran deseado que no ocurrieran o por lo menos tuvieran menos visibilidad. El espectáculo de miles de personas desocupadas o que sobrevivían con empleos temporales, de marginados hurgando la basura, de mendigos, de alcoholizados, pinguistas, ladrones y criminales no era fácil de digerir para una sociedad que se enorgullecía de su ingreso a la modernidad. Fue con ese estado ávido de soluciones donde ideas como éstas -aún las políticamente incorrectas pero prácticas como las de Lombroso- encontraron el ambiente para plasmarse en la realidad, haciéndose carne incluso en el sentido común de una gente que, a través de diarios y revistas, adquirieron el hábito de seguir como público las historias del bajo mundo y el reconocimiento de quienes las protagonizaban. Fue en ese terreno fértil en definitiva, de pobres caídos en la miseria, locos, beodos y delincuentes, donde se volverían a encontrar criminólogos y alienistas, además de las agencias y agenda del estado argentino.

El proyecto Open Door entre los ideales y las imposiciones de la realidad

Llegados a este punto se comprenderá que el formidable esfuerzo individualizador y medicalizado puesto en marcha, y que comprende no solamente a manicomios y penitenciarías sino también a instituciones

como los asilos de pobres,⁸ los patronatos de la infancia, los hospitales y las escuelas, además de las cátedras de derecho, la policía y la justicia -en tanto espacios privilegiados de observación y puesta en práctica de las nuevas ideas- pudiera cimentar la hipótesis de la emergencia de un estado "médico-legal" destinado a controlar a los sectores subalternos de la sociedad.⁹ Entre las aristas salientes de ese proceso, para los afectados por problemas de salud mental, deberíamos comenzar por la aparentemente fácil tarea de definir qué se entiende por "locos" y por "locura". Un breve repaso histórico bastará para diluir esa apariencia y demostrar que la palabra "loco" carece de un significado unívoco y permanente, y que la condena de serlo no siempre recayó sobre las mismas personas. Porque, si para la Iglesia de la Contrarreforma, "locos" eran los pecadores, los incapaces de aceptar los dogmas de la fe o que lo hacían en sus propios términos, considerados objetos de posesión diabólica encarnados en brujas y herejes, no pocas veces "purificados" en las mazmorras o el fuego de las hogueras inquisitoriales; para los organismos civiles que les siguieron en cambio "locos" eran los que se ponían fuera de la sociedad, que no respetaban a la autoridad ni las leyes: los transeúntes, los vagabundos, los inválidos o todo aquel que fuera inepto para el trabajo. Mientras que, llegados los tiempos de "Las Luces", para sus ilustrados prosélitos "loco" era aquel que tenía una conducta irracional, infantil, ignorante, o los proclives a prácticas religiosas anacrónicas. Eso sin olvidar que en las sociedades tradicionales, pero en las modernas también, la decisión de la internación recaía sobre los familiares directos que se deshacían de los elementos enfermos y antieconómicos de cada hogar, entregándolos a instituciones de salud y/o asistencia o más abandonándolos en las calles, de donde la policía los llevaba a las cárceles o los asilos. Finalmente, de locos fueron tildados los rivales partidarios y más si usaban la violencia como herramienta de acción política.¹⁰

En otras palabras, establecido el carácter instrumental y polisémico del término, habría que comprobar cuál de sus acepciones brindaba soluciones a los problemas



Domingo Cabred en *Caras y Caretas*

reales de la cosmopolita y pujante Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX, se prestaba a reelaboraciones, como la efectuada por el Director del Hospicio de las Mercedes, Lucio Meléndez, que elaboró el concepto de "loco inmigrante". Para demostrar su idea apeló a una ecuación matemática: si los inmigrantes eran la mitad de la población de la ciudad de Buenos Aires pero dos tercios de los internos del Hospicio de las Mercedes, el primer asilo urbano para hombres dementes, era forzoso concluir que los extranjeros enloquecían más fácilmente que el resto en esa "Sodoma del Plata" que era Buenos Aires. Para agregar más detalles, que ilustraran su teoría, inicia la publicación de una serie de casos basados desde las páginas de la *Revista Médico Quirúrgica*, delineando un perfil del "loco inmigrante" nada sorprendentemente relacionado con el del "loco miserable". Pero que, desde un punto de vista observacional y sociológico, distingue una variedad de subtipos, como las "obsesiones religiosas" de los irlandeses, por oposición a la "locura sifilítica" de los franceses y la violencia de los temperamentos sanguíneos y robustos de españoles e italianos, en una clase de descripción que se asemeja a aquellas realizadas desde la literatura

costumbrista, el circo criollo y el sainete. Pero cuidado, advierte, no es ésta una cuestión para ser tomada a la ligera, porque no es un problema que comprometa el futuro del sistema de salud si no de la sociedad argentina toda, por el peligro futuro de la degeneración hereditaria colectiva que pesaba sobre sus hijos.

Mas, si la admonición de Meléndez no tuvo efectos inmediatos, no pasaría mucho tiempo hasta que varios de sus proyectos se concretaran. Con la iniciativa de Domingo Cabred, su continuador en la cátedra de Psiquiatría Clínica y Patología Mental de la Universidad de Buenos Aires y en la dirección del Hospicio de las Mercedes. Es que su propuesta tenía dos clases de ventajas. En primer lugar, venía rodeada de ese "hálito científico" que solía entusiasmar a la dirigencia política finisecular, un aura reforzada por su reciente incursión europea, en donde había adherido con fuerza a los métodos "no restraint", particularmente al sistema "Open Door" creado por un grupo de alienistas escoceses. Sin embargo, la suya no era sólo una adhesión teórica sino también práctica, pues decía que lo había visto en funcionamiento en 1889 en el asilo Alt Scherbitz de Alemania, y podía garantizar sus resultados, porque había visto incluso la "curación" de enfermos crónicos considerados incurables. En segundo término, habían cambiado radicalmente las circunstancias, con la masificación de los flujos migratorios, el crecimiento demográfico, la urbanización acelerada, la agudización del conflicto social, la mayor visibilidad de la mendicidad y el delito.

Con el tiempo, no obstante, el discurso de Cabred se fue haciendo más conservador. Ya de regreso, sancionada en 1896 la ley de creación de la Colonia Nacional de Alienados y en el acto de colocación de la piedra fundamental del establecimiento en 1899 que contó con la asistencia del presidente Julio A. Roca, Cabred morigeró los alcances del método "Open Door" al definirlo como "el conjunto de disposiciones materiales y de orden interno que tienden, todos, a dar al establecimiento el aspecto de un pueblo, a proporcionar a sus moradores la mayor suma de libertad, compatible con su locura, y a hacer del trabajo uno de los elementos más impor-

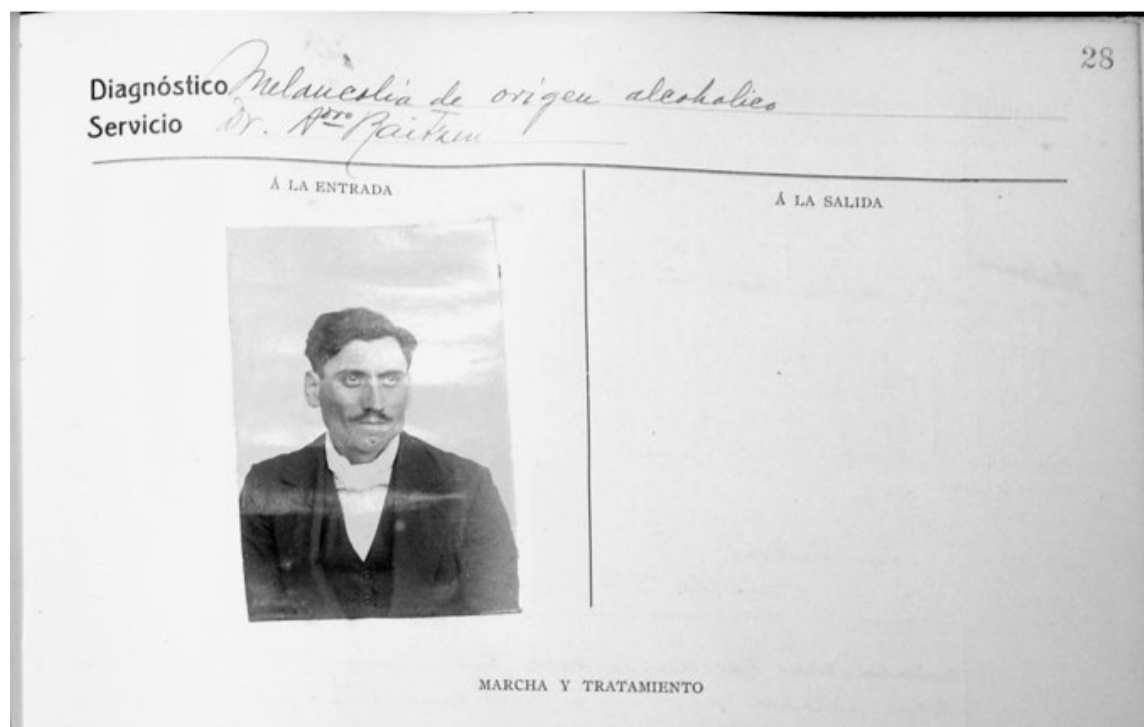


Colonia Nacional de Alienados. El trabajo en el campo

tantes del tratamiento moral de los internos".¹¹ La mayor libertad compatible con su locura no es lo mismo que la libertad absoluta. Su mérito, en todo caso, fue el de inaugurar una moderna terapéutica de la locura acorde a las necesidades de los tiempos, sacando a los "locos" de las cárceles, a las que por desconocimiento fueron confinados antes, o de los hospitales generales, donde se hacían carencias de atención ignorados por los médicos. Incluso de los asilos, los primeros establecimientos especializados pero donde aún permanecían enclaustrados. Para arribar, como punto de llegada de ese proceso, al surgimiento de las colonias rurales de "puertas abiertas" de las que Open Door era su primer y más logrado ejemplo. Un lugar donde plasmar el ideal civilizatorio de su generación, reconociendo a la locura como enfermedad y a sus portadores sus derechos como ciudadanos, a recibir diagnóstico y tratamiento, recuperando su "libertad", aunque se tratara de una "libertad" ejercida hacia el interior de los muros que los contienen o entendida como promesa, como producto del proceso de reeducación que a través del trabajo tendría su espacio de realización en ese recinto. En el mejor de los casos, habría que reconocer que tuvo la habilidad de conjugar dos principios ideales, la libertad como esperanza y el trabajo como terapia, con un tercer argumento, su carácter rural,

que a fines del siglo XIX e inicios del XX, no podía dejar de resultar atractivo para una clase dirigente a cuyos ojos aparece como la contrafigura de los desórdenes urbanos, convirtiéndose en elemento de "moralización" que dotó de nuevo sentido al pedido de descongestión del Hospicio de las Mercedes formulado años antes por Meléndez.

Para Moisés Malamud, el secretario durante largo tiempo, su éxito residiría en que "Cabred comprendió que el problema de la atención médica de los enfermos crónicos y personas incapacitadas debía ser resuelto racionalmente, con espíritu humanista y sentido nacional".¹² Con "sentido nacional", ¿qué significa esto?, ¿En comunión con los intereses del estado-nación o de sus dirigentes en el gobierno? En todo caso, confirma la convicción de Hugo Vezzetti que "la naciente corporación médica se asume, más allá de su tarea específica, como un factor esencial de la civilización y el progreso, y por ese sesgo propugna un sobre-investimento político de su papel técnico".¹³ Pero esa característica no es exclusiva de Cabred sino compartida por sus congéneres higienistas Guillermo Rawson, Emilio Coni, Eduardo Wilde, José María Ramos Mejía, Telémaco Susini, el multifacético José Ingenieros, su colega alienista Lucio Meléndez, o el novel criminalista Comisario de Pesquisas José D. Álvarez (Fray Mocho). Es que hombres de



COLONIA NACIONAL DE ALIENADOS. Historia Clínica de inmigrante en Libro de Historias Clínicas

su tiempo al fin, asumieron como propias las preocupaciones de su sociedad y de su tiempo echando mano a todas las ideas y recursos que le permitieran sugerir salidas. De ahí también, la heterogeneidad de sus fuentes de inspiración que iban desde el positivismo biológico, pasando por el darwinismo, la medicina legal, la psiquiatría y un higienismo empeñado en detectar factores propiciatorios de la locura en los "vicios de la pobreza", hasta la criminología lombrosiana. Eclecticismo pragmático, en definitiva, necesario para dar solución a cuestiones diversas, aunque en el camino algún ideal fuera sacrificado.

Las partes del todo: historias clínicas, testimonios mentales y fotografías en la Colonia Nacional de Alienados
La Colonia Nacional de Alienados de Open Door comenzó a funcionar recién en agosto de 1901 al recibir sus primeros 11 pacientes, que se transformaron en 1250 para 1920. Ubicada en el partido de Luján, al norte de la localidad homónima, sus 600 hectáreas darían vida al pueblo que tomaría el nombre del método usado. Sus registros permiten trazar un perfil del interno: por lo general hombres jóvenes, solteros, la enorme mayoría jornaleros -esos desquiciados sin remedio según las palabras de Lucio Meléndez- y en su mayoría extranjeros. Una caracterización idéntica a la que surge de los "Boletines Médicos- Psicológicos" de la Penitenciaría

Nacional. Cuando hablamos de población de origen inmigrante, de un 60 a un 75 por ciento de los pacientes según las épocas, nos referimos como es lógico mayoritariamente a italianos y españoles pero también a griegos, búlgaros, turcos, árabes, armenios, rusos, ucranianos, alemanes del Volga, lituanos, suecos, daneses, polacos, alemanes, luxemburgueses, checoslovacos, yugoslavos, austríacos, húngaros, serbios, montenegrinos, rumanos, macedonios, albaneses, judíos, sirios, libaneses maronitas, estadounidenses y hasta japoneses, además de uruguayos, paraguayos, brasileños, bolivianos, chilenos, peruanos y de otras nacionalidades latinoamericanas. Variedad de orígenes que anticipa lo que confirman los "Informes Psicológicos" o de "Anamnesia", cuestionarios levantados apenas ingresan (en el Hospicio de las Mercedes desde donde son después derivados a Open Door) y que son parte del "Boletín Civil" de cada interno: se trata de personas generalmente sin familia en Argentina, abandonados a su suerte, sin quien los asista. ¿Quién es el encargado de internarlos? Si se trata de parientes son sus madres, hijos si son casados, y sobre todo hermanos. Pero cuando ese grupo de contención no existe, el agente privilegiado de internación en la mayoría de los casos era la policía; cuando no el juzgado interviniente, la "asistencia pública", los hospitales generales y la penitenciaría. Lo que ratifica la colabora-

ción entre todas las agencias del "estado médico-legal" de principios de siglo XX. Pero sobre todo la íntima ligazón que une a la Colonia con la omnipresente policía, confirmando la asociación existente entre psiquiatría y criminología, sobre todo lombrosiana.

Las huellas de esa asociación pueden rastrearse en la documentación producida por la Colonia. Los Libros de Historias Clínicas, grandes biblioratos de 50 cm por 28 perfectamente encuadernados, con una historia de dos páginas por paciente que, en su página impar, o sea la primera que vemos cuando se pasa de historia en historia, contiene fotografías de todos ellos, aproximadamente de 9,50 por 6,50 cm, al entrar y salir de la institución. Aunque por lo general sólo se encuentra la primera, señal que jamás egresaron del manicomio. Son reproducciones frontales de medio cuerpo, asimilables a las de las "Galerías de Ladrones", que no habían incorporado todavía el característico frente/perfil adoptado a medida que el método se perfeccionaba. Montadas sobre fondo uniforme claro u oscuro, como en

ningún lugar (aunque a veces se sacan en los jardines de la entidad), en esos retratos subyace la idea de que se trata de individuos comparables, mensurables, coleccionables, cuantificables, privados de su humanidad y sin derechos sobre la propia imagen, que pasa a ser propiedad de otros (los especialistas médicos que las cotejan o los legos que pueden comprobar en ellas las teorías sobre las que se apoyan los primeros). La vestimenta no es un dato menor. Pocas veces posan con sus ropas, en la mayoría de los casos lo hacen con la indumentaria gris de los internos, lo que sumado al corte ralo de pelo, señal inequívoca de su reclusión, más la barba descuidada de unos días, todo acentúa la idea que estamos ante enfermos. El contrapunto más evidente es cuando al lado de esas figuraciones encontramos las otras, las que anticipan su salida adonde, a veces en verdaderas operaciones de montaje, encontramos individuos bien vestidos, aseados, peinados y presentados, con ropa de calle, como representación del tránsito entre un antes y un después, que subraya el papel mediador de



COLONIA NACIONAL DE ALIENADOS. Fotografía y Testimonio Mental incluidos en Historia Clínica

la Colonia. Acompañando a esas fotografías encontramos las puntillosas grillas de datos, que delatan la obsesión taxonómica de los alienistas, con espacios dedicados a describir los condicionamientos físicos y psicológicos que por naturaleza delataban su locura. Destaca la columna "Estado Actual" subdividida en "Somático" y "Psíquico". El primer registro, en clave lombrosiana, atiende a la "Craneología", los "Estigmas físicos", traumatismos, lengua, paladar, piel, apetito, tubo digestivo, vísceras, orina, corazón, pulso, pulmones, ojos y pupilas, sensibilidad general y especial, otras sensibilidades, temblores, marcha, reflejos, peso y altura. La categoría que alude al color de piel, un negro norteamericano es signado como "moreno", en los Libros de Egreso es cambiada por "raza". A esos datos se agregan otros abajo, atento a las correcciones psicológicas introducidas por J. Ingenieros, que apunta a la articulación de palabras, al modo de responder, a la atención, la memoria reciente y remota, el nivel de coherencia, si tiene o no alucinaciones, ilusiones, concepciones delirantes, delirios de grandeza, persecuciones y sospechas, el grado de excitación, de depresión, ideas hipocondríacas, de envenenamiento, auto-culposas, impulsos, tendencias suicidas, homicidas o eróticas. Si bien la apertura al giro psiquiátrico existe, muchas de las variables apuntadas dependen de factores físicos y la enumeración de indicadores es bastante más sintética que los cuestionarios de los "Boletines Médicos-Psicológicos" de la Penitenciaría. Asimismo, la preeminencia de elementos físico-hereditarios, se confirma en la columna "Antecedentes hereditarios", que se dividen en antecedentes individuales y familiares de alienación, neurosis, de consanguinidad, tuberculosis, alcoholismo, diabetes, otras enfermedades y antecedentes criminales. La enunciación de este último factor denuncia otra vez la influencia de Lombroso y su teoría del "loco delincuente". Muy propia de Domingo Cabred, en cambio, es su obsesión por el alcoholismo, que fuera considerado impropio de los alienistas por Lucio Meléndez y concerniente a la órbita de la medicina higienista. Esa preocupación

constante, fue ridiculizada en *Caras y Caretas*, donde se lo ve brindando de pie, elevando un bastón con la mano izquierda coronado por la cabeza de un arlequín (epítome de la locura), mientras en el piso detrás de él hay una calavera y en su mano derecha extendida una copa que tiene enroscada una serpiente, pudiéndose leer al pie:

Demostró con estudios y vistas que el alcohol cien peligros entrafía y probó que á un sin de alcoholistas la locura les pesca con caña.¹⁴

Tal era su obstinación que, además de diagnósticos como "locura alcohólica" o "delirio de persecución subagudo de origen alcohólico" entre otros, el alcoholismo reaparece en los mencionados antecedentes hereditarios pero también en los individuales, e incluso como "Causa de Alienación", ya sea como "Determinante", junto a la degeneración, o "Predisponente". Semejante desvelo abreva en diversas fuentes, como la reiterada influencia lombrosiana (recordemos que para Lombroso el alcoholismo es uno de los rasgos de la personalidad del "delincuente moral" y otros subtipos), pero con mayor probabilidad por el ascendiente de sus colegas y maestros higienistas. Como fuere, lo cierto es que en este sector quizá resida el único segmento móvil de la población de internos, que entra y sale o logra el alta efectiva, junto a los que padecen "demencia precoz" y los transferidos, otorgándole cierta verosimilitud estadística a la de percepción de un hospital de puertas abiertas. Semejante construcción se despliega sobre una variedad de concepciones que se mezcla la mayoría de las veces armónicamente, pero que no por eso deja de producir tensiones en la forma de diagnosticar según la formación prevaleciente. Los de orientación "lombrosiana", más fisonomistas, llenan todos los cuadros, no sólo los de datos personales si no también y especialmente los de "Causas de Alienación", "Antecedentes" hereditarios e individuales y "Estado Actual", craneología y estigmas, echando mano a un inventario de nociones y al "idioma" del criminólogo italiano, que los hace hablar de seres "atávicos", primitivos y degenerados, confiando firmemente



Colonia Nacional de Alienados. El proceso de construcción

en el juicio propio y sin apelar a otros factores subjetivos y externos, y por eso casi no contienen "Testimonios Mentales" de los pacientes. Por oposición a ellos, los Libros de Historias Clínicas a cargo de médicos de orientación más sociológica y psicológica, casi no usan los casilleros más antropológicamente descriptivos, salvo los que definen altura y peso. Confían más en los interrogatorios e incluyen más sistemáticamente a los "Testimonios Mentales", excepcional documento redactado en base a cuestionarios previos de puño y letra por los internos y que, como hemos argumentado en otros trabajos,¹⁵ buscando pruebas de su demencia, sin quererlo les otorga la impensada posibilidad de defenderse, declarando muchos "no estar locos", "jamás haber sido alienados" e incluso "estar presos" o "en la penitenciaría". Y hasta podemos distinguir un tercer sector, los que confían en su experiencia, en el saber etnográfico no teórico si no práctico que han reunido en su actividad en el contacto directo con *los locos*. Esas tensiones, por supuesto rara vez trascienden en la imagen que proyecta de sí la Colonia, en las que las fotografías tienen un papel central. Como muy agudamente observó George Clemenceau en su visita del Centenario:

"Nuestra visita a Open Door no duró menos que un día entero y ciertamente no lo hemos visto todo. Desde el primer minuto estuvimos acompañados por un loco fotógrafo que no cesó de tomar clisés a su conveniencia, y aún nos amonestó severamente hacia el fin del almuerzo cuando pudo creer que nos levantaríamos de la mesa sin haber consentido servir de modelo."¹⁶

De ese vasto repertorio de imágenes, algunas conservadas en el Museo y Archivo de la Colonia, destacan aquellas que ponen el acento en la monumentalidad de la obra emprendida, los pabellones de estilo suizo-francés con paredes y tejados a medio hacer, el bucólico paisaje de la campiña arada, los amplísimos gallineros, el chiquero, el trabajo en los pajonales, los tambos, los bueyes en tránsito, el vivero, el apiario, la recolección de zapallos. De este último tema hay dos variaciones: en una, los hombres, de pie, cargan sobre sus hombros los enormes frutos de su trabajo para depositarlos juntos al pie de la fotografía. Pero en la segunda, menos casual y más posada, dos o tres de los alienados reposan sentados entre las plantas, los ojos fijos en el lente y vigilados por un guardia, exhibiendo las primicias de la labor desarrollada, en una pintura laudatoria del método de laborterapia implementado. Del mismo tenor, hasta con parecida pose, son las imágenes recogidas en los talleres, de carpintería, de fabricación de ladrillos, tejas y mosaicos, de la construcción, de escobas, herrería, mueblería, de costura y zapatería, los lavaderos y la cocina. No menos atención merecen las representaciones dedicadas al aspecto recreativo: los hermosos parques y jardines, diseñados por Carlos Thays, con fuentes, estatuas y pérgolas, como el llamado quiosco de la banda, que tocaba fuera de ella, el estanque de los patos, poblado de cisnes, con un pequeño lago artificial y una isla a la que se accedía por un puente, la cancha de bochas. Y las fotografías protocolares, como las sacadas en 1910 durante la visita del ministro de Salud de la Nación Genaro Sisto, donde se observa a D. Cabred



Colonia Nacional de Alienados. El quiosco de la banda

cumplir las funciones del perfecto anfitrión, desde la recepción en la estación del ornamentado tren donde viajaban las autoridades, adonde G. Clemenceau recuerda que a su arribo ese mismo año la banda ejecutó el himno nacional y la marsellesa, guiando su paso por las dependencias, hasta el obligado banquete con todos posando para las cámaras y la despedida con ofrendas en el andén. Casi un mundo aparte, una sociedad dentro de otra, un pueblo que puede reclamar su condición de tal entre los que lo rodean. Pero los amplios campos alambrados en lugar de concitar a la adhesión a ese estilo de vida, provocan fugas en cantidad, otra de las formas de alcanzar la libertad final. ¿Cómo conciliar esos extremos? No parece difícil entender que esa desenvoltura no es libertad verdadera. Ni aún para los que salen con permiso para hacer trabajos fuera de la Colonia, pero que deben volver al atardecer al establecimiento. Y otra vez las fotografías serán el mejor vehículo para captar esa duplicidad encubierta. Porque, aparte de los Libros de Historias Clínicas, hay otros que nos permiten comprobar ese proceso de cosificación de los pacientes, devenidos en objetos de estudio, coleccionable, cuantificable, comparable. No hay

otra forma de entender esos enormes libros, como el que cubre el período 1901-1915, de 240 folios, que contiene 1920 fotografías, solo fotografías de los internos con su nombre y fecha de ingreso, de 9,50 por 6,50 cm, a razón de 12 por página, la mayoría de medio cuerpo sobre fondo homogéneo, idénticas a las que figuran en los libros de Historias Clínicas y que podrían ser pensadas como copias de ellas. Una impresión que pronto se difuma al observar la diversidad de representaciones que sobre los pacientes existe, pero que cuando cubren el estándar fotográfico, acentúa la intención de compararlos, por una forma de disposición que agiganta la visibilidad de sus estigmas. Finalidad que podría creerse extraviada en otras tomas fotográficas, como aquellas menos nítidas de forma oval, que mucho se parecen a las sacadas en Servolo, el histórico manicomio de Venecia,¹⁷ o en esas otras de cuerpo entero, la mayoría sentados o parados, con ropas propias, hasta de saco y corbata, con sombreros, boinas, pañuelos, gorras y ponchos, con pelo y crecida barba, con ropas étnicas y en un caso desnudo. Sin embargo, mucho tiene que decir la posición del cuerpo, cómo se sentaban o lo que hacían con sus manos. En más de un caso



Colonia Nacional de Alienados. La cancha de bochas

además tuvieron que ser forzados a posar con violencia, pudiéndose ver las manos y brazos de los guardianes o policías que los obligan. En un par de tomas, finalmente, aparecen con los brazos extendidos, muñecas arriba, como ofreciéndose a ser esposados. Y como recordatorio quizá de los aspectos menos evidentes del funcionamiento de una institución que se ve a sí misma como la encarnación de la instalación en el país de la modernidad médica.

Notas:

¹ ADELMAN Jerermy, CARTEROLO Miguel Ángel, PRIAMO Luis y otros, *Los años del daguerrotipo. Primeras fotografías argentinas, 1843-1870*, Bs. As, Fundación Antorchas, 1995.

² TELL Verónica "Sitios de cruce: lo público y lo privado en imágenes y colecciones fotográficas de fines del siglo XIX" en BALDASARRE María Isabel y DOLINKO Silvia (eds.) *Itinerarios de la imagen. Historias de las artes visuales en la Argentina*, Bs. As., Archivos del CAIA 4, 2012.

³ El texto fundamental que reúne todas sus ideas es LOMBROSO Cesare *L'Uomo delinquente*, Torino, Fratelli Bocca Editori, 1894 (primera edición 1876). Vease también de CAIMARI Lila "La antropología criminal y la recepción de Lombroso en América Latina" en *Cesare Lombroso cento anni dopo*, Torino, UTET, 2009, pp. 233-271.

⁴ SEKULA Allan "El cuerpo y el archivo"

(1989), en PICAZO Gloria y RIBALTA Jorge (eds.), *Indiferencia y singularidad. La fotografía en el pensamiento artístico contemporáneo*, Barcelona, Museu d'Art Contemporani de Barcelona, 1997, pp. 137-199.

⁵ TELL Verónica "Sitios de cruce: lo público y lo privado en imágenes y colecciones fotográficas de fines del siglo XIX" en *op. cit.*

⁶ GARCÍA FERRARI Mercedes "El único hilo para guiarse en el laberinto del bajo fondo. Fotografía de identificación en la década de 1880" en *Crimen y Sociedad*, Bs. As, 2008; CAIMARI Lila *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*, Bs. As, Siglo XXI, 2004, p.83.

⁷ PLOTKIN Mariano "Freud en la Universidad de Buenos Aires. Desde las primeras etapas hasta la creación de la carrera de Psicología" en *Estudios Interdisciplinarios sobre América Latina y el Caribe*, vol 7, n°1, 1996-1997.

⁸ MORENO José Luis *Un Asilo para los pobres. Los mendigos y sus historias de vida en el Buenos Aires del Siglo XIX*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2012.

⁹ SALVATORE Ricardo "Sobre el surgimiento del estado médico legal en Argentina (1880-1940)" en *Estudios Sociales*, año XI, n° 6, 2001, pp.81-114, CAIMARI Lila *Apenas un delincuente...*, p. 109.

¹⁰ FOUCAULT Michel *Historia de la locura en la época clásica*, México, F.C.E., 2006.

¹¹ CABRED Domingo "Discurso Inaugural de la colonia nacional de Alienados" en *Vertex*.

Revista argentina de Psiquiatría, vol. 2, nº 3, 1991.

¹² MALAMUD Moisés *Domingo Cabred. Crónica de una vida consagrada a luchar por la atención médico-social de los Argentinos*, Bs. As, Ministerio de Cultura y Educación, 1972, p. 11.

¹³ VEZETTI Hugo *La locura en Argentina*, Bs. As, Paidós, 1985, pp. 24-25. De ese mismo autor véase "La locura y el delito. Un análisis del discurso criminológico en la Argentina del novecientos", en AAVV, *El discurso jurídico*, Bs.As., Hachette, 1982.

¹⁴ Dibujo publicado en revista *Caras y Caretas*, Año V, Nº 198, Julio 19, 1902, bajo el título "Caricaturas Contemporáneas".

¹⁵ MARQUIEGUI Dedier Norberto "Inmigración y control social. Nuevas perspectivas de análisis de los procesos de integración y represión del 'fracaso' a partir de los Libros de Historias Clínicas de la Colonia Nacional de Alienados 'Dr: Domingo Cabred' (Argen-

tina a principios del siglo XX)" en *Studi Emigrazione An International Journal of Migration Studies*, vol. 188, pp.613-629.

¹⁶ FERNÁNDEZ Josefina, NIEDERMAIER Alejandra, SZNAIDER Beatriz E. *Imágenes de la Nación: fotografía, límites morales y celebración*, Teseo, Biblioteca Nacional, p. 214.

¹⁷ SÁNCHEZ Matilde "Viaje a la isla de la demencia" en *Revista Ñ*, 10/04/2012.

Dedier Marquiegui
Licenciado en Historia
(CONICET-UNLu)

LUCAS

de Sergio Eduardo Bailon

VENTA DE DIARIOS Y REVISTAS

Estrada 100 (1706) Haedo - Pcia de Ps. As.

Tel. (15) 5346 - 0108

ANÁLISIS CLÍNICOS

LABORATORIO

Dr. Alberto Luis Guercio

HORARIO

Lunes a Viernes de 8 a 19 hs.

Sábados de 8 a 10 hs.

Extracciones de 8 a 10 hs.

Medrano 93

Ituzaingó

**Optica
Médica**

Dir. Oscar Martínez

óptico contactólogo

MAT. N° 1004

**Diseños originales
Calidad e innovación en anteojos de sol y montura de recetas
Multifocales Varilux**

Av. Rivadavia 16212 - Haedo (1706) Bs. As. - Tel/Fax 4659-1953